



# DESDE ESTA COLINA SUE HUBBELL

TRADUCCIÓN DE CARMEN TORRES Y LAURA NARANJO



errata naturae

Por que la bandera de la honradez  
ondee muchos años.

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2018  
TÍTULO ORIGINAL: *On this Hilltop*

© Sue Hubbell, 1991  
© de la traducción, Laura Naranjo y Carmen Torres, 2018  
© Errata naturae editores, 2018  
C/ Alameda 16, bajo A  
28014 Madrid  
[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)  
[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-16544-76-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-7189-2018  
CÓDIGO BIC: BM  
IMAGEN DE PORTADA: Danm / Getty Images  
MAQUETACIÓN: A. S.  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

## PRÓLOGO

La gente no deja de descubrir los Ozarks. En los años treinta, los de la Gran Depresión, los que contaban con antiguos vínculos con este lugar volvieron en masa, convencidos de que era mejor ser pobres en el campo que en la ciudad. Les siguieron ricos provenientes de Chicago, que llegaron creyendo que Franklin D. Roosevelt iba a llevar el mundo al desastre. Querían aferrarse a lo que poseían y quizá, mediante una gestión astuta y una compra artera de tierras confiscadas, incrementar un poco su patrimonio. En los cuarenta, un puñado de vecinos con espíritu cívico intentó, en vano durante un tiempo, encontrar a gente que viniera aquí y construyera el tan necesario hospital. La mayoría de los que tenían medios para embarcarse en semejante empresa creía que este lugar se encontraba en los confines del mundo, pero los vecinos, todos ellos baptistas, dieron con un grupo de monjas

católicas checas que llegaron con intención de realizar buenas obras. Las monjas hablaban muy poco inglés y, por lo que sé, ninguna dejó constancia de lo que pensaba acerca de los Ozarks, pero los baptistas locales hicieron de tripas corazón y les dieron la bienvenida como habían hecho con otros forasteros para conseguir su objetivo.

En los cincuenta, como comprobaréis en las siguientes páginas, recaló en los Ozarks un buen número de creyentes en los platillos volantes atraídos por testimonios de avistamientos. Algunos vecinos les brindaron hospitalidad y les vendieron aquello que necesitaban mientras reprimían una risita. Para entonces, los forasteros ya se habían convertido en fuente de pingües beneficios.

Los de los platillos volantes prepararon a nuestra gente para los setenta, cuando los *hippies*, muchos de ellos desencantados con California, descubrieron que los Ozarks «partían la pana, colega» y se mudaron con el entusiasmo justificado del regreso a la patria. Unos cuantos de ellos también aparecen en estas páginas. Su lengua y su vestimenta no eran mucho más «raras» que las de las monjas checas y algunos de ellos poseían fondos fiduciarios con tanto dinero para gastar en las tiendas locales como los de Chicago, así que, en líneas generales y sólo un poco a regañadientes, fueron bien tolerados por los habitantes locales. En la década que acaba de pasar, los militares jubilados descubrieron que un dólar daba para bastante en los Ozarks y también muchos de ellos se afincaron aquí.

Estos montes, sin embargo, ponen a prueba en muchos sentidos. Están poblados de multitud de garrapatas,

nigüas y serpientes venenosas, y el clima es voluble. La temperatura puede descender hasta los treinta grados bajo cero en invierno y el frío suele venir acompañado de tormentas de nieve que nos dejan incomunicados. El termómetro alcanza sin problema los cuarenta grados en verano, cargados de humedad. Es muy difícil ganarse la vida en los Ozarks. Los matrimonios se rompen (el mío lo hizo) y, una vez que la primera inversión se agota, la mayor parte de los que no cuentan con una fuente constante de ingresos procedente del otro lado de las colinas se ve sin un sueldo fijo. De modo que muchos de los que creían que esto iba a ser un paraíso acabaron marchándose. La otra noche estuve en una fiesta y me topé con un hombre al que no veía desde principios de los setenta, cuando vine a vivir aquí con mi marido. Es un poeta ocasional que realiza labores de paisajismo para el centro administrativo del condado y así se saca algún dinero. Recordamos a todos aquellos que habíamos conocido, que habían vivido aquí durante un tiempo y que se habían marchado. «No sé si eso nos convierte en auténticos supervivientes o sólo en despojos», dijo riendo. Supongo que acudirá a la vigésima reunión anunciada en un folleto que recibí el otro día. He oído que el nostálgico evento congregará a muchos de los antiguos retornados que encontraron lo que necesitaban con objeto de prepararse para la siguiente etapa (o que fracasaron estrepitosamente) y luego cambiaron de rumbo y se dirigieron a otras partes del país. Cuesta creer que hace casi veinte años que me vine aquí. El tiempo ha pasado volando.

Las razones por las que nos instalamos en este lugar diferían de las de los *hippies*, que eran mucho más jóvenes que nosotros, aunque por supuesto compartíamos algunos de sus intereses y preocupaciones: la aflicción por lo que estaba ocurriendo en la América urbanita, el aprecio por la belleza circundante, el deseo de vivir con pocos medios, ciertas tendencias maoístas y, como atestiguarán estas páginas, una fijación obsesiva por cultivar nuestras propias verduras. Dichas razones fueron, en parte, personales, pero en otra gran parte políticas: mi marido era profesor de Ingeniería Eléctrica en la Universidad de Rhode Island; yo era bibliotecaria en la Universidad de Brown. Nuestro hijo se había marchado a un internado en Putney, Vermont. Estábamos inmersos en el movimiento pacifista que estaba teniendo lugar en todos aquellos campus, y mi marido y yo nos convertimos en consejeros de reclutamiento de nuestras respectivas universidades, desde donde ayudamos al menos a algunos jóvenes a evitar alistarse en una guerra en la que ninguno de nosotros creía. Pero Nixon estaba entronizado y la guerra parecía no tener fin. Nos daba rabia que las deducciones de nuestros sueldos destinadas a los impuestos fueran mayores que el sueldo neto de mi ayudante. Y aquellos impuestos servían para financiar una guerra a la que nos oponíamos. Nos parecía que lo único que se podía hacer era salir de la vida regida por un salario y escapar de la economía de mercado. Era imposible, por supuesto, pero lo que sigue es un relato de nuestro intento. Para mí

comenzó así también una vida dedicada a la escritura, una de las muchas que he vivido.

*Verano de 1990*

EL WEST SIDE SE LAS VE  
CON UN GALLO DE MISURI

9 de octubre de 1975

Nuestros amigos y familiares creen que es divertidísimo que tengamos una granja en los Ozarks. Este hecho suele sugerirles imágenes idílicas de ferias del maíz, niños descalzos con rústicas cañas de pescar y el típico trabajo vigoroso al aire libre que tonifica los músculos y da derecho a cenas copiosas compuestas enteramente de pastel de manzana. También se mueren por mandarnos a sus hijos para que participen de esas actividades tan saludables y prometedoras.

Precisamente, cuando la madre de Bruce, que vive en Nueva York, nos endilgó a su hijo el verano pasado, nos encontrábamos la mar de ajetreados. En ese momento, estábamos construyendo una caseta para la miel, trabajando a contrarreloj para evitar que las abejas se enjambraran y, además, intentando mantener un equilibrio en

el huerto que fuera más propicio para las verduras y para nosotros mismos que para las malas hierbas y los bichos.

—Se aburrirá —protesté sin mucho entusiasmo. Había oído que Bruce era un jovencito precoz bastante elegante e hice un esfuerzo por imaginármelo pasando las tardes en los billares y locales de *pinball* del pueblo.

—Qué va —replicó su madre con rotundidad—. Le encanta trabajar; os será de gran ayuda.

Nuestro hijo, Brian, que conocía al chico en cuestión y al que todo aquello le parecía divertido, dijo:

—Le vendrá bien.

Y no me quedó otra que ceder. Varios días más tarde, fuimos a recogerle en coche al aeropuerto de San Luis.

Era un muchachito de catorce años pálido y encorvado con un peinado estiloso. Llevaba unos pantalones de pana con la raya bien marcada, una chaqueta de madrás y unos *earth shoes*. Y portaba una ingeniosa caña de pescar plegable en un estuche de aluminio. Echó un vistazo hacia San Luis desde el aeropuerto.

«En realidad, el hecho de vivir en Nueva York hace que no me parezca interesante ninguna otra ciudad», nos confió.

Reprimí una defensa instintiva de la América profunda y me pasé el trayecto de vuelta intentando despertar su interés por la vida rural. El chico sentía una fascinación tremenda por las serpientes.

«En realidad, lo sé todo sobre las serpientes. Tengo un libro estupendo sobre el tema», comentó.

Le interesaban sobre todo las cabezas de cobre. Sabía que una había atacado a uno de nuestros perros varias

semanas atrás y quería conocer la historia al detalle. Acabé diciéndole que sí, que a veces veíamos cabezas de cobre y que no eran agresivas, pero que era preferible llevar botas en el campo y en el bosque, y que resultaba fácil distinguir a las cabezas de cobre de otras serpientes no venenosas con marcas similares por la forma triangular de su cabeza, ya que las mandíbulas eran más anchas que el resto del cráneo.

«Sí, sí, todo eso ya lo sé», me dijo.

¿Había visto alguna? «Bueno, en realidad, no —repu-so—. Pero he visto una exposición sobre serpientes muy buena en el Museo de Historia Natural. En Nueva York».

El primer día que pasó en casa, bajó al río con su caña de pescar. No había transcurrido mucho rato cuando lo oímos gritar angustiado. «¡Serpientes! ¡Serpientes!», chillaba mientras subía corriendo por el sendero. Colmado de excitación, nos explicó que acababa de ver una cabeza de cobre. ¿Estaba seguro de que era una cabeza de cobre?

—Bueno, en realidad, era una muy pequeña —dijo—. Me ha costado distinguir la anchura del cráneo, pero sé que era una cabeza de cobre. Y lo peor es que era pequeña, porque eso significa que era una cría y que la madre estaría cerca para intentar protegerla y...

—Bruce —lo interrumpí—, no creo que la madre...

—Lo sé todo sobre las serpientes —contestó, rotundo—. He leído sobre ellas en mi libro. Otra cosa: esta cabeza de cobre daba como saltitos y hacía un ruido muy raro.

—¿Estás seguro de que lo que has visto era una serpiente, Bruce?